

Primavera

## Prólogo

### Recuerdo de unas alas

Los lechos de algas sobre los que descansaban las serpientes se mecían con suavidad al son de la marea. Aquí las aguas eran cálidas, tanto como lo eran en el sur antes de que migraran. A pesar de que Maulkin había decidido que ya no seguirían más al donante plateado, su aroma tentador se extendía por el agua salada. No estaba lejos; aún la seguían, pero manteniendo la distancia. Shreever consideró la posibilidad de enfrentarse a Maulkin, pero al final decidió no hacerlo. Miraba ansiosa a su líder. Las heridas que Maulkin sufrió durante su breve pelea con la serpiente blanca se le estaban curando poco a poco. Las heridas le habían estropeado el dibujo de sus escamas. Los falsos ojos dorados que cubrían todo su cuerpo proclamándolo profeta ya no brillaban con el lustre de siempre.

Shreever también se sentía extenuada y deslustrada.

Habían recorrido una gran distancia desde que iniciaron la búsqueda de Quien Recuerda. Al principio Maulkin estaba muy seguro pero ahora parecía tan confundido como lo estaban ella y Sessurea. Ellos tres eran los únicos que quedaban de la gran maraña de serpientes marinas que habían comenzado la migración. Los demás habían perdido la fe en un momento u otro de la búsqueda y decidido abandonar a Maulkin. Lo último que Shreever supo de ellos es que seguían a un enorme donante oscuro y que se iban alimentando de todos los despojos que les echaban. De aquello hacía ya varias mareas.

—A veces —le confesó Maulkin a Shreever mientras descansaban— siento que me desoriento en el tiempo. Tengo la sensación de haber pasado ya por aquí, de haber hecho ya esto o aquello, quizá incluso de haber compartido antes estas palabras. A veces la sensación es tan intensa que creo que hoy es en realidad un recuerdo o un sueño. Pienso entonces que tal vez no necesitemos hacer nada, puesto que cuanto nos ha ocurrido nos volverá a suceder. —Su voz sonaba débil y sin convicción.

Shreever se colocó a su lado. Dejaban ondular sus cuerpos al compás de la corriente y solo movían las aletas para mantener la posición. Debajo de ellos estaba Sessurea, que agitó la melena de repente para esparcir una ráfaga de toxinas con la que avisarlos.

—¡Mirad! ¡Alimento! —exclamó.

Plateado y destellante, el cardumen avanzaba hacia ellos como una bendición. Por detrás del banco de peces, ensombreciéndolo y engullendo lo que capturaba por sus extremos, se acercaba otra maraña de serpientes. Tres eran escarlatas, una verde y dos azules. Los cazadores no componían una gran maraña pero ofrecían un aspecto enérgico y saludable. Sus relucientes pieles y sus cuerpos fornidos contrastaban marcadamente con las escamas débiles y los costados hundidos de los miembros de la maraña de Maulkin.

—Venid —ordenó Maulkin para que lo siguieran hasta unirse al festín de los recién llegados. Shreever emitió un débil sonido de alivio. Por fin llenarían la panza. Quizá los otros se unieran a la maraña de Maulkin cuando se dieran cuenta de que era un profeta.

Sus presas no eran peces extraviados sino todo un banco, plateado y reluciente, que les llenaba los ojos. Se movían como si fueran una única criatura, si bien podían separarse y escapar de un cazador torpe. Las serpientes de la maraña de Maulkin eran cazadores avezados, de modo que los tres avanzaban con elegancia tras el pescado. Los componentes de la otra maraña emitieron varios bramidos de aviso, pero Shreever no vio ningún peligro. Dio un coletazo, se introdujo de lleno en el banco y atrapó por lo menos tres peces al mismo tiempo. Dilató la garganta para tragarlos.

De pronto dos serpientes escarlatas se apartaron y se lanzaron contra Maulkin, al que golpearon con el hocico como si fuera un tiburón o algún otro enemigo común. Una de las azules salió detrás de Shreever con las mandíbulas extendidas. Shreever se revolvió con agilidad y consiguió esquivarla. Luego vio que la otra escarlata estaba intentando envolver a Sessurea. Había desplegado su melena rojiza y expulsaba veneno al tiempo que bramaba obscenidades y amenazas. Sus improperios, gruñidos de rabia pura, carecían de sentido y sintaxis.

Shreever huyó chillando de miedo y confusión. Maulkin no la siguió. Agitó su espesa melena y liberó una nube de toxinas que aturdió a las escarlatas, que se retiraron sacudiendo las mandíbulas y forzando las agallas para filtrar el veneno.

—¿Qué os pasa? —preguntó Maulkin a los extraños recién llegados. Giró en espiral, extendió la melena con aire amenazador para dirigirse a ellos e hizo destellar con levedad los falsos ojos de su cuerpo—. ¿Por qué nos atacáis como bestias hambrientas y desalmadas? ¿Los de nuestra especie no somos así! Incluso aunque hubiera pocos peces, el pescado pertenece a quien lo atrapa, no a quien lo ve primero. ¿Habéis olvidado quiénes sois, lo que sois? ¿Os han arrancado la razón?

Durante unos instantes los miembros de la otra maraña se quedaron flotando inmóviles, excepto por los débiles coleteos con que se estabilizaban. El banco de peces se alejó hasta desaparecer. Después, como si la cordura de las palabras de Maulkin los hubiera provocado, los seis recién llegados se abalanzaron contra él con las mandíbulas abiertas de par en par para mostrar sus colmillos, las melenas extendidas para dispersar toxinas y dando latiga-

zos con las colas. Shreever observó con horror cómo lo rodeaban y arrastraban hasta el fango.

—¡Ayúdame! —gritó Sessurea—. ¡Lo van a asfixiar!

Sus palabras hicieron reaccionar a Shreever. Descendieron disparados a la par para golpear y azotar a la maraña que había inmovilizado a Maulkin. Los recién llegados atacaron ferozmente a su líder con los colmillos, como si él fuera la presa. Mientras luchaba por liberarse, su sangre fue formando una densa nube con sus toxinas y sus falsos ojos destellaban entre el lodo que se había levantado. Shreever no pudo evitar gritar de espanto ante la brutalidad absurda del ataque. Aun así consiguió desgarrarles la piel con los colmillos mientras Sessurea aprovechaba su mayor longitud para fustigarlos.

En cuanto tuvo ocasión, Sessurea envolvió el cuerpo malherido de Maulkin con el suyo y lo alejó de la enrabetada maraña. Huyó sin soltar a Maulkin en ningún momento y Shreever se alegró de poder poner fin a la pelea y seguirlos. Los recién llegados no los persiguieron sino que, frenéticos por el efecto del veneno, regresaron con sus compañeros rugiendo insultos y desafíos. Ni siquiera pensaban lo que decían mientras se retorcían y coleaban. Shreever no se molestó en mirar atrás.

Más tarde, mientras Shreever extendía un poco del curativo cieno que cubría su cuerpo sobre las heridas de Maulkin, este le habló.

—Carecen de memoria. Han olvidado por completo quién y qué son. Demasiado tiempo ha transcurrido, Shreever. Han perdido toda traza de recuerdo y propósito. —Hizo una mueca de dolor cuando Shreever le colocó en su sitio un jirón de carne, sobre el que esparció una capa de mucosidad—. Ellos son aquello en lo que nosotros nos convertiremos.

—No sigas —le dijo Shreever con suavidad—. No hables. Descansa. —Se enroscó alrededor de todo su cuerpo para sujetarlo con firmeza y se agarró con la cola a una roca para que no los arrastrara la corriente. Enredado entre ellos, Sessurea dormía ya. O quizá se limitaba a guardar silencio y escucharlos con impasibilidad, presa del mismo desaliento que carcomía a Shreever. Esta esperaba que no. Le quedaba el coraje justo para no desesperarse. Sessurea tendría que recuperarse solo.

Era Maulkin el que más le preocupaba. Había cambiado desde que se encontraron con el donante plateado. Los otros donantes que pasaban de la Carencia a la Abundancia solo eran fuentes de alimento fácil. El plateado era distinto. Su olor había despertado recuerdos en todos ellos, que lo persiguieron con la certeza de que su fragancia los guiaría hasta Quien Recuerda. Sin embargo, ni siquiera era de su especie. Antes de perder la esperanza del todo lo llamaron, pero no respondió. A la serpiente blanca que le suplicaba solo le dio carne. Maulkin se apartó de él diciendo que no podía ser Quien Recuerda y que ya no lo seguirían más. No obstante, durante las mareas que siguieron, su olor no había terminado de desaparecer. Aunque no lo pudieran ver, Shreever sabía que no estaba lejos. Maulkin aún lo seguía y ellos lo seguían a él.

Maulkin emitió un gruñido débil antes de cambiar de posición.

—Me temo que esta es la última vez que realizamos este viaje como algo más que meras bestias.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Sessurea con inquietud. Se retorció con dificultad hasta que pudo mirarlo a los ojos. Tenía múltiples heridas, aunque ninguna era grave. El profundo tajo que le habían abierto junto a una de las glándulas de veneno, justo tras la articulación de la mandíbula, era el que peor aspecto presentaba. Hubiera muerto víctima de sus propias toxinas si estas hubieran penetrado. La suerte había querido que todos siguieran con vida.

—Busca entre tus recuerdos —le instó Maulkin con tono pesaroso—. Busca no solo entre las mareas y los días, sino entre las estaciones y los años, entre las décadas que precedieron a las décadas. Nosotros ya estábamos aquí entonces, Sessurea. Todas las marañas se han unido y han migrado hacia estas aguas, no en una única ocasión, sino multitud de veces. Nos hemos desplazado hasta aquí en busca de aquellos que recuerdan, aquellos pocos a los que se les confiaron los recuerdos de todos los de nuestra especie. La promesa era clara. Debíamos reunirnos. Recuperaríamos nuestra historia y seríamos llevados a un lugar seguro donde completar nuestra transformación. Allí renaceríamos. Sin embargo, hemos sufrido incontables desengaños. Una y otra vez nos hemos congregado y hemos esperado. Y siempre hemos acabado perdiendo la esperanza, olvidando nuestro propósito y regresando a las cálidas aguas del sur. Cada vez, aquellos de nosotros que guardaban algún recuerdo decían: «Quizá nos hayamos equivocado. Tal vez no es el momento, la estación, el año de la renovación». Pero sí que lo era. Nunca cometimos ningún error. Los que debían reunirse con nosotros nos fallaron. No acudieron. No vinieron entonces y puede que tampoco aparezcan ahora.

Maulkin se quedó callado. Shreever seguía sujetándolo para que no se lo llevara la corriente. Suponía un gran esfuerzo para ella. Aunque no hubiera habido corriente, aquí no había nada de barro balsámico en el que hundirse, solo algas ásperas y piedras sueltas. Debían buscar un sitio más adecuado para descansar. No obstante, no quería trasladarse hasta que Maulkin no se curara del todo. Además, ¿adónde se iban a marchar? Después de haberse trasladado a favor y en contra de esta corriente saturada de sales extrañas ya no pensaba que Maulkin supiera adónde los estaba guiando. Si se quedaba sola, ¿adónde iría? De repente la cuestión empezó a atormentarla. No quería pensar más.

Se limpió los cristalinos de los ojos y miró su cuerpo, que mantenía enredado entre los de sus dos compañeros. El color escarlata de sus escamas era intenso y brillante, pero quizá solo en contraste con la piel apagada de Maulkin, cuyos dorados ojos falsos habían cobrado diversos tonos marrones. Además sus heridas supurantes los habían estropeado aun más. Necesitaba

alimentarse, crecer y mudar la piel. Eso le haría sentirse mejor. A todos les haría sentirse mejor. Se decidió a decir lo que pensaba.

—Necesitamos alimentarnos. Todos tenemos hambre y nos hemos debilitado. Mis sacos de toxinas están casi vacíos. Puede que debamos dirigirnos al sur, donde abunda la comida y el agua es cálida.

Maulkin se giró y la miró preocupado con sus enormes ojos.

—Has empleado gran parte de tus fuerzas para cuidarme, Shreever —le dijo. Shreever percibió el esfuerzo que supuso para él sacudir y extender su melena. Un segundo movimiento liberó una nube tenue de toxinas que a Shreever le sirvió para espabilarse. Sessurea los envolvió a ambos y abrió las agallas para absorber parte de las toxinas de Maulkin.

—Nos recuperaremos —afirmó Sessurea para animar a Shreever—. Estás cansada y hambrienta. Todos lo estamos.

—Estamos extenuados —confirmó Maulkin con voz apagada—. Y muertos de hambre. Las necesidades del cuerpo limitan el rendimiento de la mente. Pero prestad atención los dos. Escuchadme y nunca olvidéis esto. Aunque perdáis todos los recuerdos, nunca olvidéis lo que os voy a decir. No podemos regresar al sur. Si abandonamos estas aguas, será lo último que hagamos. Mientras podamos pensar, debemos permanecer aquí y buscar a Quien Recuerda. El instinto me lo dice. Si no conseguimos renovarnos ahora, ya nunca más lo haremos. Nosotros y todos los de nuestra especie pereceremos y ya nadie nos recordará ni en el mar, ni en el cielo ni en la tierra. —Hablaba muy despacio y, por un instante, Shreever casi recordó lo que quería decir. No se refería solo a la Abundancia y a la Carencia. La tierra, el cielo y el mar, los tres polos de su soberanía, que en su día fueron las tres esferas de... algo.

Maulkin sacudió la melena de nuevo. Esta vez tanto Shreever como Sessurea abrieron bien las agallas para recoger sus toxinas y atrapar sus recuerdos. Shreever miró los bloques derruidos de piedra trabajada que cubrían el lecho marino, los racimos de percebes y los hierbajos acuáticos que se anclaban al Arco del Conquistador conformando una espesa cortina. La piedra negra de vetas plateadas solo asomaba por algunas zonas. La tierra la había derribado y el mar se la había tragado. Una vez, incontables vidas atrás, ella se acomodó sobre ese arco; primero aleteó y después volvió a plegar sus inmensas alas sobre los hombros. Con la caricia de la lluvia fresca de la mañana, aulló su dicha para que su compañero la oyera y en seguida un reluciente dragón azul bramó en respuesta. Una vez los Antiguos la recibieron con flores dispersas y gritos de bienvenida. Una vez, en esta ciudad, bajo un luminoso cielo azul...

Se desvaneció. No tenía sentido. El recuerdo se esfumó como un sueño al despertar.

—Sed fuertes —les exhortó Maulkin—. Si no estamos destinados a sobrevivir, entonces al menos luchad hasta el final. Dejad que sea el destino y no

nuestra falta de coraje lo que acabe con nosotros. Por los de nuestra especie, permaneced fieles a lo que somos. —Se le infló el cuello con veneno. Una vez más, parecía el líder visionario que se había ganado la lealtad de Shreever hacía ya tanto tiempo. Sus corazones se le hinchieron de amor por él.

Cuando una sombra pasó sobre ellos, Shreever miró hacia arriba.

—No, Maulkin —dijo con suavidad—. No estamos destinados a morir, ni a olvidar. ¡Mirad!

Un oscuro donante iba arrojando alimento a medida que avanzaba con pesadez sobre ellos. La carne, llevada por la corriente, descendía poco a poco hacia ellos. Eran bípedos muertos; uno de ellos estaba envuelto en cadenas. No necesitarían luchar para comer esta carne. Les bastaría con abrir la boca.

—Ven —le dijo a Maulkin cuando Sessurea se desenroscó para ascender ansioso a recibir el alimento. Con mucha delicadeza subió a Maulkin para recoger juntos lo que el donante les ofrecía.

## Las naves de la locura

La brisa que le acariciaba el rostro y el pecho era juguetona y fría, aunque anunciaba que la primavera no tardaría ya en llegar. El aire olía a yodo; la marea debía de estar baja, de manera que podrían verse los lechos de quelpo próximos a la orilla. Notaba bajo su casco que la gruesa arena estaba húmeda por las últimas lluvias. El humo procedente de la pequeña hoguera que había encendido Ámbar hacía que le picaran las fosas nasales. El mascarón de proa, ciego, volvió la cara y se rascó la nariz.

—Hace una tarde estupenda, ¿no crees? —le preguntó Ámbar con familiaridad—. El cielo se ha despejado. Todavía quedan algunas nubes pero ya van apareciendo la luna y las primeras estrellas. He recogido algunos mejillones y los he envuelto en algas. Cuando el fuego se haya avivado un poco, retiraré algunas ramas y los cocinaré en las brasas. —Guardó silencio esperando la aprobación de la nao.

Dechado no dijo nada.

—¿Te apetece probarlos cuando los haya cocinado? Sé que no necesitas comer, pero quizá sientas curiosidad.

Dechado bostezó, se estiró y se cruzó de brazos. Se encontraba mucho más cómodo que Ámbar. Durante los treinta años que llevaba varado en la playa había aprendido a ser paciente. Viviría más que ella. Se preguntó si Ámbar se enfadaría o entristecería esta noche.

—¿De qué nos sirve a ninguno de los dos que te niegues a dirigirme la palabra? —preguntó Ámbar, que no veía lógica alguna en la actitud del barco. Dechado percibió que se le iba agotando la paciencia. Ni siquiera se molestó en encogerse de hombros.

—Dechado, tu imbecilidad no tiene remedio. ¿Por qué no me hablas? ¿Es que no ves que soy la única que te puede salvar?

¿Salvarme de qué?, le hubiera preguntado la nave si se hubiera dignado dialogar con ella.

La oyó ponerse de pie y caminar hasta la proa para colocarse frente a él. Dechado, como quien no quiere la cosa, volvió a un lado su rostro desfigurado.

—Muy bien. Finge que me ignoras. No me importa que me respondas o no, pero tendrás que escucharme. Te encuentras en una situación muy



peligrosa. Sé que te oponías a que te comprara a tu familia pero de todos modos fui yo quien hizo la oferta. Ellos la rechazaron.

Dechado se permitió resoplar con desdén. Por supuesto que la rechazaron. Él era la nao rediviva de la familia Ludoventura. Por muy desgraciado que fuera, jamás lo venderían. Lo habían mantenido encadenado y anclado en esta playa desde hacía unos treinta años, ¡pero jamás lo venderían! Ni a Ámbar ni a los Nuevos Mercaderes. Nunca. Siempre lo había sabido.

Ámbar prosiguió con tenacidad.

—Hablé directamente con Amis Ludoventura. Me costó mucho verme con ella. Cuando hablamos fingió sorprenderse por mi oferta. Insistió en que no estabas en venta, que no tenías precio. Dijo lo mismo que tú, que ninguna familia de mercaderes del Mitonar vendería su nao rediviva. Que eso era algo que no se hacía.

Dechado no pudo seguir disimulando una sonrisa que poco a poco le fue cambiando el semblante. Todavía se preocupaban por él. ¿Cómo podía haberlo dudado? En cierto modo le estaba agradecido a Ámbar por haber presentado aquella ridícula oferta de compra. Quizá Amis Ludoventura se decidiera a visitarlo ahora que había admitido ante alguien de la calle que él todavía formaba parte de la familia. Una vez que Amis lo fuera a ver, podría ocurrir cualquier cosa. Tal vez volviera a surcar los mares con una mano amiga sobre su timón. No le resultó difícil abandonarse a su imaginación.

La voz de Ámbar lo arrastró brutalmente de regreso a la realidad.

—Fingió que le irritaba el hecho de que corrieran rumores acerca de tu venta. Me quería hacer creer que era un insulto al honor de la familia. Luego me comentó... —Aquí Ámbar bajó la voz y susurró en un tono que se debatía entre el temor y la ira—: Me comentó que había contratado algunos hombres para que te remolcaran y te sacaran del Mitonar. Que lo mejor sería que todos se olvidaran de ti lo antes posible. —Dicho esto, guardó un silencio valorativo.

Dechado sintió que algo se retorció y desgarraba dentro de su pecho de tronconjuro.

—De modo que le pregunté a quién había contratado.

Al oír esto Dechado se tapó los oídos. No quería saberlo. Ámbar quería aprovecharse de sus temores. De manera que su familia tenía planeado trasladarlo. Eso no significaba nada. Le vendría bien cambiar de paisaje. Quizá cuando lo volvieran a varar lo dejaran derecho. Ya se había hartado de estar siempre escorado.

—Me contestó que no era de mi incumbencia. —Levantó la voz—. Entonces le pregunté si eran mercaderes del Mitonar. Se limitó a mirarme fijamente. Así que luego le pregunté adónde te iba a llevar Mingsley para desarmarte.

Dechado se puso a tararear con desesperación, casi gritando. Ámbar siguió hablando. Dechado no podía oírla. Se negaba a oírla. Se apretó aun más las manos contra las orejas y cantó en voz alta:

—Un penique para comer, un penique para beber, un penique para las carreras y ver a los caballos correr...

—¡Me sacó a patadas de su casa! —gruñó Ámbar—. Cuando salí a la calle y le grité que llevaría el asunto al Consejo de Mercaderes del Mitonar me soltó los perros. ¡Casi me devoran esas malditas fieras!

—Bájame al suelo, súbeme luego, álzame después derecho al cielo. —Dechado recitaba sin parar tonadillas infantiles. Ámbar estaba equivocada. Debía estarlo. Su familia lo remolcaría a un lugar más seguro. Nada más. En realidad daba igual a quién contrataran para ello. En cuanto lo metieran en el agua, iría gustoso. Les demostraría lo sencillo que era gobernarlo. Sí. Aprovecharía la oportunidad para demostrarles lo que valía. Les haría ver que lamentaba todo cuanto le habían obligado a hacer.

Ámbar ya se había callado. Poco a poco, Dechado fue dejando de cantarrear y se quedó tarareando. Excepto por su voz, el silencio era absoluto. Con mucha cautela, se destapó los oídos. No oía nada, solo el siseo de las olas, el soplo del viento arrastrando la arena y el crepitar de la hoguera de Ámbar. Le vino a la cabeza una pregunta que formuló en voz alta antes de recordar que no le dirigía la palabra.

—¿Me seguirás viniendo a ver cuando me lleven a mi nuevo hogar?

—Dechado. No te engañes. Si te sacan de aquí será para hacer leña de tu tronconjuro.

El mascarón de proa intentó fingir que no le afectaba.

—Me da igual. Debe de ser agradable estar muerto.

Ámbar habló en voz baja, abatida.

—No estoy segura de que murieras. Me temo que te separarían del barco. Si eso no te mata, probablemente te trasladarán a Jamaillia, donde te venderán como rareza. O puede que te entreguen al sátrapa como regalo a cambio de donaciones y favores. No sé cómo te tratarían allí.

—¿Me dolerá? —preguntó Dechado.

—No lo sé. Todavía no comprendo muy bien lo que eres. Te... Cuando te cortaron en la cara, ¿te dolió?

Dechado volvió el maltratado rostro. Alzó las manos y se pasó los dedos por la madera astillada que quedaba donde una vez tuvo los ojos.

—Sí. —Frunció el ceño. Respiró hondo y añadió—: No lo recuerdo. Hay muchas cosas de las que no me acuerdo, ya sabes. No conservo mis cuadernos de bitácora.

—A veces no recordar es lo más fácil.

—Crees que miento, ¿verdad? Piensas que me acuerdo de todo pero que me niego a admitirlo. —Quería discutir.

—Dechado. No podemos cambiar el ayer. Estamos hablando del mañana.

—¿Vienen mañana?

—¡No lo sé! Hablaba en sentido figurado. —Se acercó a él y pegó las palmas de las manos a su casco. Llevaba guantes para protegerse del frío de la noche, pero a Dechado le bastaba así. La nao podía sentir el calor de sus

manos sobre su tablazón—. No quiero ni pensar que te llevaran para trocearte. Aunque no te duela, aunque no te maten. No quiero ni pensarlo.

—No puedes evitarlo —dijo Dechado. De pronto se sintió maduro por haberlo admitido—. Nadie puede evitarlo.

—Eso son tonterías fatalistas —protestó Ámbar.

—Claro que podemos hacer algo. Juro que por lo menos me quedaré aquí para plantarles cara.

—No les vencerías —insistió Dechado—. Sería una lucha absurda, sabiendo que llevarías las de perder.

—Puede —dijo Ámbar—. Espero que no sea necesario. No me gustaría llegar a una situación tan desesperada. Quiero hacer algo antes de llegar a ese extremo. Dechado, necesitamos ayuda. Alguien tiene que hablar por nosotros en el Consejo de Mercaderes del Mitonar.

—¿Tú no puedes?

—Ya sabes que no. Si solo los Antiguos Mercaderes pueden asistir a esas reuniones, mucho menos me iban a permitir hablar. Necesitamos que alguien vaya y les convenza de que deben impedir que los Ludoventura hagan algo así.

—¿Quién?

—Esperaba que tú conocieras a alguien que pudiera hablar en tu nombre —respondió Ámbar con voz queda.

Dechado guardó silencio durante unos instantes y luego se rió con aspereza.

—Nadie querrá hablar por mí. Es una pérdida de tiempo, Ámbar. Piénsalo. No le importo ni a mi propia familia. Sé lo que dicen de mí. Que soy un asesino. Además, ¿es la verdad, no? Toda la tripulación muerta. Volqué y todos se ahogaron. Y no ocurrió solo una vez. Los Ludoventura hacen lo correcto, Ámbar. Deberían venderme y aprovechar mi leña. —Una fría e intensa ola de desesperación lo sacudió con más fuerza que ninguna tormenta que hubiera conocido—. Quiero morir —afirmó—. Deseo poner fin a todo esto.

—No lo dices de verdad —susurró Ámbar. Dechado percibió en el tono de su voz que en el fondo Ámbar sabía que sí hablaba en serio.

—¿Te puedo pedir un favor? —preguntó Dechado de pronto.

—¿Cuál?

—Mátame tú antes que ellos.

Dechado notó cómo Ámbar se sobrecogió.

—Yo... No. No podría.

—Si supieras que van a venir a desarmarme, podrías. Te diré lo que hay que hacer. Debes prenderme fuego. No me quemes solo una parte, sino entero; así nos aseguramos de que no lo puedan apagar para aprovecharme. Si recoges madera seca, un poco cada día, y la apilas en mi bodega...

—No pienses esas cosas —dijo Ámbar con un hilo de voz. Como sin querer, añadió—: Debería ir poniendo los mejillones al fuego. —Dechado

oyó cómo avivaba las llamas y el chisporroteo de las algas mojadas al secarse sobre las ascuas. Estaba asando vivos los mejillones. Pensó en decírselo, pero luego decidió que solo conseguiría molestarla en lugar de convencerla. Esperó a que se volviera a acercarse a él. Ámbar se sentó en la arena y se apoyó contra su escorado casco. Sus cabellos eran muy finos. Al apoyar la cabeza en la tablazón, se le quedaron trabados algunos pelos entre las hendiduras.

—No te entiendo —dijo Dechado con tono afable—. Primero juras que lucharías por mí, aun sabiendo que perderías. Pero luego te niegas a darme el alivio del fuego.

—Morir abrasado no es ningún alivio.

—Claro. Es mucho más placentero que te desaparejen, desde luego —replicó Dechado sarcásticamente.

—Veo que no te cuesta nada pasar de las rabiets infantiles a la lógica más fría —dijo Ámbar con asombro—. ¿Eres un niño o un hombre? ¿Qué eres?

—Puede que ambos. Pero no cambies de tema. Venga. Prométemelo.

—Que no —gimió Ámbar.

Dechado suspiró. Ámbar acabaría accediendo. Podía adivinarlo por el tono de su voz. Si era la única manera de salvarlo, lo terminaría haciendo. En ese momento sintió un escalofrío punzante. Era una victoria extraña.

—Y barriles de aceite —añadió Dechado—. Cuando vengan, quizá no tengas mucho tiempo. El aceite hará que la madera arda bien y rápido.

Ninguno de los dos dijo nada durante un buen rato. Cuando por fin Ámbar volvió a hablar, le temblaba la voz.

—Intentarán remolcarte en secreto. No sé cómo pretenderán hacerlo.

—Tal vez del mismo modo que me arrastraron hasta aquí. Esperaran a que suba la marea. Lo más probable es que aprovechen la pleamar más alta del mes, por la noche. Traerán rodillos, burros, marineros y barcas. No será una tarea fácil, pero entre unos cuantos marineros experimentados no tardarán mucho.

Ámbar se quedó pensativa unos instantes y luego dijo:

—Tendré que meterte mis cosas. Dormiré a bordo para protegerte. Ay, Dechado —sollozó de súbito—. ¿De verdad que no conoces a nadie que te pueda representar en el Consejo de Mercaderes del Mitonar?

—Solo a ti.

—Lo intentaré. Pero dudo que me den la oportunidad. En el Mitonar soy una forastera. Y allí solo se escuchan entre ellos.

—Una vez me dijiste que en el Mitonar te respetaban.

—Como artesana y como comerciante sí que me hacen caso. No pertenezco a los Antiguos Mercaderes, así que no tendrán mucha paciencia conmigo si consideran que me meto en sus asuntos. Podría perder a todos mis clientes. O aun peor. La ciudad se encuentra cada vez más dividida entre los Antiguos Mercaderes y los linajes de los recién llegados. Se rumorea que el Consejo del Mitonar ha enviado una delegación con el fuero original para reunirse con el sátrapa. Le pedirán que honre la palabra del sátrapa Esclepius. Se dice que

le exigirán que recuerde a los Nuevos Mercaderes y que cancele todas las concesiones de tierras que les haya hecho. También quieren que el sátrapa Cosgo se rija según el viejo fuero y se abstenga de seguir repartiendo tierras sin el previo consentimiento de los mercaderes del Mitonar.

—Para ser un rumor parece bastante completo —observó Dechado.

—Me gusta estar bien al tanto de los chismorreos. Es algo que más de una vez me ha salvado la vida.

Se quedaron en silencio.

—Ojalá supiera cuándo va a volver Althea —dijo Ámbar con aire meditabundo—. Podría pedirle que nos representara.

Dechado no sabía si pronunciar el nombre de Brashen Trell. Brashen era su amigo y se ofrecería a hablar en su nombre. Pertenecía a los Antiguos Mercaderes pero por desgracia lo habían desheredado. Brashen representaba la misma desgracia para la familia Trell que Dechado para los Ludoventura. No ganaría nada si Brashen hablara por él, aunque consiguiera que el Consejo de Mercaderes del Mitonar lo escuchase. Sería como si una oveja negra intercediera por otra. Nadie les prestaría atención. Se pasó la mano por la cicatriz del pecho, ocultando por un momento la tosca estrella de siete puntas con que lo habían marcado. Con las yemas de los dedos recorrió todo su contorno. Suspiró y respiró hondo.

—Los mejillones ya están listos. Puedo olerlos.

—¿Quieres probar uno?

—¿Por qué no? —Debía experimentar cosas nuevas mientras pudiera. Quizá no le quedara mucho tiempo antes de que ya no tuviera oportunidad.